

tan las perfecciones divinas en su belleza más espléndida, sino que en ella el Verbo aparece más radiante y más hermoso.

“El monarca pacífico cuya majestad soberana, dice el P. Monsabré, hubiera iluminado los orígenes del mundo, si el género humano no hubiera pecado, merece, sin duda, nuestros homenajes y nuestra admiración: sin embargo, por hermoso que nos aparezca en la mística poesía de nuestros ensueños, le falta á su frente una doble corona: la corona del vencedor y la corona del salvador.”

“Es hermoso para un rey, continúa el P. Monsabré, reinar como señor absoluto sobre un pueblo sumiso y que tiene confianza plena en la fuerza, en la sabiduría y en la bondad de aquel que lo gobierna.”

“Es hermoso que ese rey responda á los homenajes de sus súbditos, por la magnificencia de sus beneficios.”

“Pero cuando el enemigo llega y lanza un grito de guerra, cuando sus batallones triunfantes han arrollado ya á las tropas infieles, á las que se había confiado la guarda de las fronteras, cuando asienta su pie insolente sobre el suelo de la patria, como si la hubiese conquistado para siempre, volar

á su encuentro y ponerse heroicamente á la cabeza de la batalla, romper sus legiones, ponerlas en fuga al precio de mil heridas, salvar, en fin, á un pueblo de la muerte y volver á su seno teñido en su propia sangre, coronado con los laureles de la victoria y más dueño que nunca de los corazones, por el prestigio de su valor y por la honra de su nombre, es la más bella gloria que un rey puede ambicionar.”

Dios no quiso privar de esa gloria á su Hijo divino: le reservó para un mundo invadido por el mortal enemigo de su majestad: el pecado.

El Verbo hecho carne, desde el primer instante de su vida pasible y mortal, entra en lucha con el pecado.

Sangriento, martirizado, espira sobre el cadáver del enemigo; pero á poco sale de la tumba y vuelve á los suyos para decirles: “Tened confianza, he venido al mundo, *confidite, egovici mundum.*”

El Profeta había visto en su triunfo al Redentor de la humanidad.

“¿Quién es éste, esclama, que viene de Edon y de Bosra con sus vestiduras teñidas de sangre? ¿Este tan gallardo en su vestir y en cuyo majestuoso andar se descubre la mucha fortaleza suya?”



“Yo soy, responderá, el que predico la justicia y soy el protector que da la salud á los hombres.”

“Pues ¿por qué está rojo tu vestido, y está tu ropa como aquellos que pisan la vendimia en el lagar?”

“El lagar lo he pisado solo sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo. Pisé á los enemigos con mi furor y los hollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manché toda mi ropa.”

“Porque he aquí el día fijado en mi corazón para tomar venganza: es llegado ya el tiempo de redimir á los míos.”

Y Cristo, cumpliendo el vaticinio ganó solo la difícil y sangrienta victoria: ciñó su frente con la corona del vencedor, con la corona del que salva á su pueblo.

Ya se ve cómo Dios es más grande, cómo el Verbo Encarnado es más bello, en la Encarnación reparadora.

---

En la Encarnación reparadora se manifiestan con más esplendor las perfecciones divinas, se dejan ver en toda su luz las que apenas conocería-

mos en una creación inmaculada, y se ostenta el Verbo, hecho hombre, lleno de encantos y hermosura.

Pero la manifestación de esas perfecciones no procura la gloria de Dios, sino poniéndose al servicio del hombre.

Cristo, hecho hombre, para redimir á la humanidad pecadora, ha puesto á nuestro servicio, causa asombro el decirlo, su misma persona divina.

Comunicarse al hombre para llamarlo al bien y apartarlo de las sendas de la culpa, he aquí otro de los beneficios de la Encarnación reparadora.

A nuestra inteligencia, hundida en las tinieblas y marchando con paso inseguro hacia la verdad, el Verbo Encarnado le trae una luz desconocida, la luz de los cielos, para alumbrar las sendas, y sondear, sin peligro, los abismos de la verdad.

Cristo habla, y sus palabras hacen que se fije nuestro entendimiento en su autoridad divina, y ésta constituye la base inquebrantable de nuestra fe.

“Para que el hombre, dice San Agustín, anduviera con más confianza por las sendas del mun-



do y llegara sin perderse, á la verdad, la misma verdad, el Hijo de Dios, hecho hombre, constituye y funda la fe.

Habíamos perdido de vista la eterna felicidad que nos fuera prometida en la cuna del mundo, nuestros deseos languidecían, las cosas sensibles tenían cautiva nuestra alma.

La humanidad del Salvador nos acerca el soberano bien, y Dios, haciéndose ver, nos devuelve el gusto de las cosas invisibles.

Como Cristo funda nuestra fe, levanta nuestra esperanza.

“Nada fué tan necesario para levantar nuestra esperanza, dice San Agustín, como el que se nos hiciera patente el amor que Dios nos tiene. ¿Qué demostración más palpitante del amor divino, que el que el Hijo de Dios se uniese á nuestra naturaleza?”

Nuestros corazones tímidos y perezosos, apenas osaban pasar de la adoración temblorosa, al amor de la divinidad; el Verbo inmolado viene á encender en nosotros el fuego sagrado del amor, en toda su grandeza.

¿Quién, mirando su amor, dice San Bernardo, no le amaría? ¿Quién, recibiendo de él tantos bie-

nes, podría rehusarle el homenaje de tierno y piadoso reconocimiento?

“¿Cuál es el motivo, pregunta San Agustín, más poderoso de la venida de Cristo, sino el manifestar el amor que Dios nos tiene?”

“Si el corazón era tardo para amarle, agrega el santo Doctor, no lo sería para pagar el amor que nos manifiesta.”

Los sacrificios que impone la virtud espantan nuestra debilidad, el dolor abate nuestra firmeza, la muerte consterna á nuestra naturaleza en la que anida un fermento de inmortalidad, y el espectáculo de las debilidades y deficiencias de que diariamente somos testigos, acaba la obra de nuestro penoso desaliento.

Cristo se encarna y padece.

Es el primero en los caminos del deber y del sufrimiento; nos arrastra con su ejemplo sobre sus huellas ensangrentadas; su corazón abierto nos ofrece, en nuestros males, un refugio lleno de paz y de dulzura; su muerte, coronada de gloria, nos invita al desprecio de los vanos terrores que nos agitan en el dintel de la tumba; á su presencia y con su ejemplo, todo bien es posible, toda pena se olvida, toda vida se prepara con gozo al sacrificio.



Así es como Cristo Redentor nos enseña á obrar bien.

“Antes, dice San Agustín, veíamos al hombre, á quien no debíamos seguir, y no veíamos á Dios, á quien debíamos seguir siempre. Era, pues, preciso que Dios se mostrara al hombre, para que fuese visto por el hombre y para que el hombre lo siguiese: por eso Dios se hizo hombre.”

La felicidad verdadera del hombre, el fin de la vida humana, consiste en la plena participación de la divinidad.

Habíamos perdido hasta el recuerdo de ese fin precioso, la memoria de nuestra propia dignidad: deshonrábamos nuestra naturaleza por toda clase de crímenes.

La unión del Verbo y de la naturaleza humana, los implacables azotes de la justicia divina sobre la carne sagrada del Salvador, nos recuerdan á cada instante lo que somos, nos traen á la memoria la grandeza de nuestros inmortales destinos.

“Dios se hizo hombre, dice San Agustín, para que el hombre se hiciera Dios.”

“Reconoce, ¡oh hombre! tu dignidad, dice San León, y hecho participante de la naturaleza divi-

na, no degeneres, volviendo á la vileza de tu antigua vida.”

He aquí cómo la Encarnación reparadora pone al Verbo Divino á nuestro servicio, para nuestro bien.

La fe que se apoya en su palabra, que asombrada escuchó la multitud que le seguía, agranda los horizontes de nuestra inteligencia, ilumina los caminos de la verdad: al contemplar la belleza del Verbo hecho Hombre, se alienta nuestra languideciente esperanza: al ver á Cristo dar la vida por nuestro amor, nuestro amor se enciende y nuestra caridad se inflama: al mirar á Cristo en los caminos del deber y del sufrimiento, nuestra vida se apresta con gozo á los sacrificios y á los dolores: al sentir como caen sobre su cuerpo inmaculado los azotes de la justicia divina, recordamos nuestra grandeza y nos preparamos con valor á despreciar las cosas perecederas y á suspirar sólo por las celestes.

La Encarnación reparadora, que tantos bienes nos ofrece y nos otorga, nos da también elementos preciosos para alejarnos de las sendas del mal.

Unido Dios á la naturaleza humana, es decir, formándose una sola persona de Dios, del alma y



de la carne, el demonio no puede ya sorprendernos: no puede presentarse á nuestros ojos como Dios, alegando que es un espíritu y no carne, porque la Encarnación nos muestra que Dios se hizo carne.

Tampoco puede alegar, para engañarnos, que él es Dios, porque es inmortal, una vez que la Encarnación nos muestra que el Hijo de Dios se dignó *morir* hecho hombre.

Tal es el pensamiento de San Agustín.

La Encarnación reparadora patentiza, por otra parte, la grandeza de la dignidad humana.

“Nos demostró Dios, dice San Agustín, el lugar excelso que la naturaleza humana ocupa en la creación, al haber aparecido entre los hombres como hombre verdadero.”

La soberbia humana, que es el más poderoso impedimento para unirnos á Dios, puede sanarse por la humildad del Salvador.

Ella, en fin, liberta al hombre de la esclavitud del pecado.

Cristo satisfizo por nosotros: el hombre solo no podía satisfacer por todo el linaje humano: Dios no debía satisfacer: convenía, pues, que lo hiciera un Dios-hombre.

¡Cuántos misterios, cuántos beneficios, encierra la Encarnación reparadora!

Los principios que hemos venido consignando en los precedentes artículos, nos dejan ver, en toda su magnificencia, las incomparables grandezas del plan de la Encarnación.

Dios, impulsado por la tendencia que tiende á comunicarse, quiso llevarla hasta su último extremo; quiso manifestar, en el exterior, sus perfecciones infinitas, en toda su espléndida luz; quiso, en fin, dar á su obra el alto grado de belleza y de gloria que fuese capaz de recibir.

Comunica á nuestra alma, la luz de la inteligencia; entra más profunda é íntimamente en nosotros, por la gracia; quiere darse él mismo en la gloria del cielo, pero no puede ser más que el objeto inteligible de nuestra eterna contemplación.

Esto no basta á su amor: le queda un último don que hacer, el don de sí mismo, según su ser propio, natural y personal, de modo que se pueda decir: un hombre es Dios, un Dios es hombre.



He aquí la primera grandeza que realiza la Encarnación.

Hay otra: las perfecciones eternas se muestran en todo su infinito esplendor.

Por excelente que sea en su esencia, sublime en su acción, radiante en sus manifestaciones, la creación queda á una distancia infinita del ser increado.

“No hay número, dice el P. Monsabré, que pueda medir ese abismo, no hay fórmula que pueda expresar su profundidad insondable.”

La Encarnación se realiza, y entonces el abismo se colma y los números quedan vencidos.

Brilla en esta obra el poder supremo del Omnipotente, que une la naturaleza divina y la naturaleza humana, sin que se confundan, en una sola persona.

Resplandece en la obra divina de la Encarnación, la belleza de la sabiduría eterna: no se une el Verbo, ni á la materia ni á las sustancias puramente espirituales: se une al hombre, que por su alma toca á las esferas celestes y por su cuerpo á la creación sensible: de este modo, en el cielo y sobre la tierra, las cosas visibles y las cosas invisibles, los principados y las potestades, quedan

establecidas sobre él: todo es creado para él, y todo se apoya en él, todo se sostiene en él, porque plugo á Dios, según la frase de San Pablo, darle toda la plenitud: *Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare.*

De la diversidad de seres que existen en la creación, formó el Verbo la unidad.

Esta es la tendencia de la sabiduría: unir lo que está separado: este es el fruto de su acción: hacer de todas las cosas una sola cosa: *qui fecit utraque unum.*

Esta es la segunda grandeza que realiza la Encarnación.

Queda todavía otra: unido el Verbo á la naturaleza humana, la tierra, como dice el P. Monsabré, queda honrada con la penetración real y sustancial del infinito, absorbe en cierto modo la inmensidad, el hombre absorbe á la tierra, y la humanidad, toda entera, es absorbida por la naturaleza que el Verbo Encarnado asocia á su Divinidad.

El mundo queda así divinizado, en su fondo, y lo debe quedar, necesariamente, en su acción.

“La operación sigue al ser, ha dicho Santo Tomas, *operare sequitur esse.*”



Encarnado el Verbo, en la naturaleza humana, las obras de este Hombre-Dios son obras infinitas.

Todos los actos que el Verbo Encarnado ejecuta, los ejecuta como representante de la humanidad, como jefe de ella, y desde entonces, desde la tierra, se entona un cántico infinito con las mismas notas y con el mismo ritmo que el que se canta en las profundidades del Ser Eterno.

He aquí la tercera grandeza que realiza la Encarnación: Dios da á su obra el más alto grado de belleza y de gloria que puede recibir: el universo todo queda divinizado por la unión del Verbo con la naturaleza humana, que es el compendio de la creación entera.

Pero no está aquí todo el plan divino: le falta una circunstancia que decide todo: el pecado.

La Encarnación tiene que ser reparadora. Dios, al concebir desde la eternidad, la creación, prevée y permite el pecado.

Esta circunstancia, que no es un acontecimiento que sobreviene impensadamente, sino que viene prevista y ordenada por la sabiduría divina, le da á la Encarnación mayor realce.

Brillan con más esplendor las perfecciones di-

vinas, resplandecen las que en una creación inmaculada acaso no serían conocidas, el Verbo ciñe la corona del vencedor y derrama, sobre la humanidad, beneficios que el hombre no puede medir.

Este es, en toda su amplitud, el plan real y actual de la Encarnación.

La Encarnación, por lo mismo, ha tenido como objeto la redención, que es su fin próximo, y por eso ha revestido una forma expiatoria y dolorosa.

Se ha referido también á la creación, como su fin último, y ha tenido por objeto la gloria de Dios, la de Jesucristo y la de todos aquellos que ha escogido para su gloria.

Por eso la Encarnación, en su forma expiatoria ha sido pasajera: en su forma gloriosa, es permanente.

San Pablo ha dicho: "era necesario que Cristo sufriera, para que *así* entrase á su gloria."

Y David lo había profetizado cuando, dijo: "ha bebido, *al pasar*, del agua del torrente, pero *después* ha levantado la cabeza: *De torrente in via bibit, propterea exaltavit caput.*

Así es, que la Encarnación no encuentra su fin



absoluto, sino su paso, en la redención, y su fin absoluto está más allá, en la gloria de Cristo.

La Encarnación tiene, pues, un doble fin, el de rescatarnos del pecado original, que es su fin próximo, que es el que nos afecta inmediatamente, porque él no mira más que á la familia humana, y el fin universal, el que se refiere á la creación toda entera, dándole un valor infinito ante Dios y elevándola en Jesucristo á un destino de gloria, cuyo designio la ha precedido y determinado.

La escuela de Escoto, sostiene que en virtud del plan actual y del decreto presente, el Verbo se hubiera encarnado aunque Adán hubiera perseverado en la justicia y la hubiera trasmitido á sus descendientes.

Los Tomistas no niegan la posibilidad de la Encarnación fuera del pecado; pero sostienen que en el plan real y actual de este misterio y en virtud del decreto presente, el Verbo no se habría encarnado si el hombre no hubiese pecado.

La redención del género humano es, según ellos, el único motivo próximo de la unión del Verbo divino con nuestra naturaleza, que la ha tomado pasible y mortal para cumplir su obra.

Esto es lo que nosotros hemos defendido: el fin próximo de la Encarnación es la redención humana: su fin último es la glorificación de las creaturas y por esto la gloria de Dios.

Santo Tomás, al sostener su tesis, la funda en razones, como son siempre las suyas, clarísimas y concluyentes.

Lo que depende de la voluntad de Dios, dice, no puede sernos comunicado más que por la Escritura Santa.

Y en la Escritura Santa se da como razón ó motivo de la Encarnación del Verbo, el pecado del hombre.

“Vino el Hijo del Hombre, dice San Lucas, á buscar y á salvar lo que se había perdido.”

“No necesitan de médico, dice en otro lugar, los que están sanos, sino los que están enfermos.”

“Cristo, agrega San Pablo, vino á este mundo para salvar á los pecadores.”

No sólo la Escritura, los Padres de la Iglesia se expresan á este respecto en términos precisos.

“Si el hombre no hubiera pecado, dice San Agustín, el Hijo del Hombre no hubiera venido.”

En otra parte se expresa así: “No tuvo otra



causa la venida de Cristo, sino la de salvar á los pecadores. Quita las enfermedades, quita las heridas, y ya no se necesita la medicina."

San Juan Crisóstomo habla con la misma precisión: "Dios se ha hecho carne, dice, para ejercer su misericordia con nosotros. Esta es la única razón de este gran misterio, no hay otras."

La Iglesia, en sus oficios, enlaza constantemente el Misterio de la Encarnación con la caída del hombre.

El magnífico prólogo de la Bula en que se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María, expresa esta idea, que es enteramente conforme á la tesis de Santo Tomás.

En fin, los Tomistas dicen: *Es contrario á la perfecta sabiduría que precede á los decretos divinos y á la perfecta simplicidad de estos decretos dividirlos ó multiplicarlos en una misma obra, y suponer que Dios modifica, por algún accidente ó motivo que se presenta, un plan determinado, como enseñan los Escotistas.*

Dios no ha tenido más que un plan real en el que todo accidente y toda circunstancia han sido ordenadas y previstas. No ha habido de su parte más que un decreto eficaz: el que nos ha dado

al Verbo Redentor. El resto es pura hipótesis. El decreto eficaz de Dios se refiere, á un mismo tiempo á su gloria y á la restauración de la humanidad caída; pero este último motivo puede ser llamado el motivo primario y eminente

Para dar más claridad á estos principios, los Tomistas distinguen en el decreto divino, lo que ellos llaman instantes de razón.

Según ellos, en el primer instante, considerando Dios por su ciencia infinita todas las cosas posibles, quiere la efusión de su poder y de su bondad, y la manifestación de sus atributos. En el segundo instante, escoge, entre las cosas posibles, el mundo actual destinado á procurar su gloria. En el tercer instante, decide elevar á la creatura racional al orden sobrenatural y adornarla con los dones de su gracia. En el cuarto instante, quiere, por un insondable designio, permitir el pecado. En el quinto instante, decreta la reparación del pecado. En el sexto, designa á su Hijo único como reparador de la culpa por su encarnación en una naturaleza pasible y mortal. En el séptimo, refiere á Cristo Redentor todas sus intenciones relativamente á la efusión de su bondad, á la manifestación de sus perfecciones, á la



glorificación del mundo y á la felicidad de los escogidos.

Admirable misterio: entraña dificultades graves, abismos profundos.

Pero esto no es motivo para desconocerlo y rechazarlo.

"Donde Dios obra, el imposible cesa," ha dicho un gran pensador.

Un piadoso teólogo se expresa así: "Los que rechazan la Encarnación, son, á mi juicio, más bien ingratos que incrédulos: el peso del beneficio los aterra, más que la grandeza de la obra."

Dios, no hay que dudarlo, se ha hecho hombre.

#### LA HUMANIDAD EN ADÁN.

Dios, al concebir el plan de su obra previó, sin duda, como lo hemos indicado antes, la invasión del pecado.

Debido á esta previsión, decretó que su Hijo tomara carne pasible y mortal, y ordenó este misterio para redimir al mundo.

"La sangre de Cristo, dice San Pablo, nos liberta de todo pecado."

"El Salvador, dice en otra parte, será ofrecido en expiación por nuestras culpas, y no sólo por las nuestras, sino también por las del mundo todo."

Sin embargo, aunque la encarnación tenía por objeto esta redención universal de todos los pecados, es decir, la purificación de todas las culpas, su eficacia se dirige más directa é inmediatamente, en los designios de Dios, á un solo pecado.

No porque ese pecado sea más grave de los que voluntariamente se cometen, sino porque á nadie exceptúa; ataca, por decirlo así, la naturaleza y es la raíz de todas las iniquidades.

Ese pecado se llama pecado original.

Preciso es conocerle, antes de penetrar en las profundidades de la Encarnación del Verbo divino.

La herejía ha alterado su noción y ha exagerado los males que ocasiona.

El racionalismo, al oírlo nombrar, se sonríe, y desdeñosamente lo relega al rango de pueriles fábulas, que la superstición inventa para engañar á la ignorancia y tenerla bajo el yugo de un terror vano.